

Se le aparece cada quincena



Hannah Arendt • Edmundo Paz Soldán • Eduardo Galeano • Reynaldo Jiménez  
Juan Ramón Jiménez • Edgar Arandia • Adolfo Cáceres

**LA PATRIA**  
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

**suplemento orureño de cultura**

año XVII nº 430 Oruro, domingo 8 de noviembre de 2009





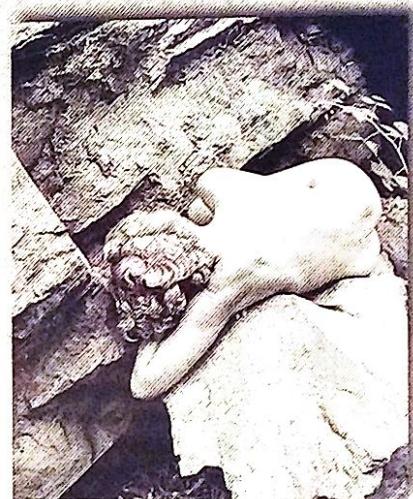
*El reino dorado. Témpera sobre cartón, 30x40 cm*  
Erasmo Zarzuela Chambi

Dos breves de Edmundo Paz Soldán:

## Carolina, él y nosotros

Cuando nos preguntó, todos, sin ponernos de acuerdo, le respondimos que sí, que Carolina era muy hermosa, quizás la mujer más hermosa de la ciudad. No podíamos decirle la verdad: él estaba enamorado y ninguno de nosotros quería ser el autor de la desilusión. Un año después se casó con ella y vinieron los hijos y los rumores, y un día él nos hizo otra pregunta y nuevamente todos contestamos de la misma manera, que era imposible, que ella jamás le había sido infiel. Tampoco podíamos decirle la verdad: nosotros éramos todo para él y debíamos evitarle el enterarse de que nos habíamos aprovechado de su estúpida, fea, lujuriosa mujer.

Cuarenta y tres años después, ella murió. En el velorio, mientras él lagrimeaba sin consuelo, nos acercamos a él y nuevamente coincidimos, le dijimos que sentíamos su pérdida, que ella era una persona que valía mucho, que era, utilizando un lugar común, una santa. Y él, sin dejar de llorar, nos respondió a todos más o menos lo mismo, que cuándo se nos acabarían las mentiras, que lo había sabido todo desde el primer instante, que lo había permitido todo porque éramos sus amigos, además no era nuestra culpa, ella hacía tan bien el amor.



## Acerca de la biografía

La biografía definitiva, estilo inglés, se encuentra dentro de los géneros más admirables de la historiografía. Larga, bien documentada, muy comentada y generosamente salpicada de citas, ésta suele venir en dos grandes volúmenes y relata más y con un estilo más vívido sobre el período histórico en cuestión que el más destacado de los libros de historia. Pues a diferencia de otras biografías, aquí no se considera la historia como el medio inevitable del período de vida de una persona famosa, es más bien como si la luz incolora de un período histórico estuviera refractada por el prisma de un gran personaje de modo que se logra una unidad completa de la vida y el mundo en el espectro resultante. Ésta puede ser la razón por la que se ha convertido en el género clásico utilizado para las vidas de los grandes hombres de Estado, aunque no se adapta a aquellos cuyo mayor interés en la vida se basa en la historia de la vida o para la vida de artistas, escritores y, por lo general, hombres o mujeres cuyo genio los obligó a mantener al mundo a una cierta distancia y cuya importancia yace principalmente en sus trabajos, los instrumentos que agregaron al mundo, no en el rol que desempeñaron en él.

Hannah Arendt, en *Hombres en tiempos de oscuridad* (1955).

## Esperando a Verónica

Carlos está sentado en una silla de mimbre en la puerta de su casa, al borde del camino de tierra. Es madrugada, los ojos recorren el horizonte, esperan.

—Al mediodía, Álex, su hermano, se aproxima a él.  
—No vendrá —dice—. Conozco las mujeres.  
—A ella no la conoces —dice Carlos sin voltear la mirada—. Sé que vendrá, me dijo que lo haría.  
—¿Hasta cuándo pliendas esperarla?  
—No tengo apuro. Si tiene que ser toda la vida, será toda la vida.  
—Entonces morirás ahí, sentado como un imbécil —dice Álex, entrando a la casa.

A las dos de la tarde, el cielo comienza a adquirir una tonalidad de plomo. A las cuatro, una silente llovizna cae sobre Cochabamba. A las seis, la llovizna se ha convertido en tormenta. A las seis y cuarto, Carlos entra a la casa arrastrando la silla de mimbre: la ropa le pesa, siente el agua arrastrarse por todas partes de su cuerpo. “Al menos lo intenté”, piensa mientras se desnuda.

**Edmundo Paz Soldán.** Cochabamba, 1967. Profesor de Literatura Latinoamericana en Cornell. Premio Nacional de Novela Erich Guttentag, 1992

**el duende**

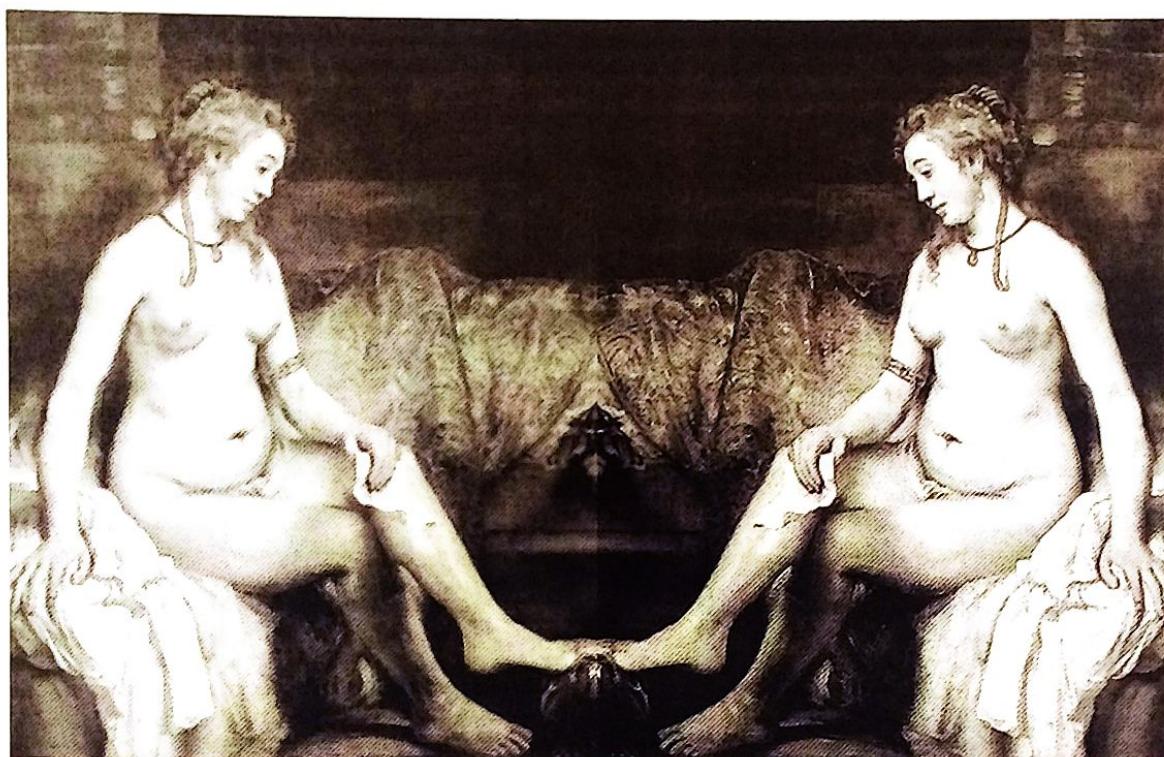
director: luis urquiza m.  
consejo editor: alberto guerra g. (†)  
benjamín chávez c.  
erasmo zarzuela c.  
adolfo cáceres r.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david illanes  
casilla 448 telfs. 5276816-5288500  
elduende@zofro.com  
elduendeoruro@yahoo.com  
lurquieta@zofro.com

el duende on line: [www.zofro.com/elduende](http://www.zofro.com/elduende)

*El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.*

## La pecadora

*Eduardo Galeano muestra la historia de Estefanía, en versión abreviada de las crónicas potosinas escritas por Bartolomé de Arzáns de Orsúa y Vela en 1645*



Nació Estefanía en esta Villa Imperial y creció en hermosura a tal grado que más no pudo subirla la naturaleza.

A los catorce años de su edad se salió de casa la bellísima doncella, aconsejada de otras perdidas mujeres, y habiendo entendido su madre la abominable determinación con que esta hija se le apartaba, llena de pesar en breves días acabó la vida.

No por ello se enmendó la hija, que habiendo ya perdido el tesoro inestimable de la virginidad, vistiéndose profanamente se hizo pública y escandalosa pecadora.

Viendo su hermano tanto descrédito y mala fama, la llamó a su casa y dijole: "Aunque te pese me has de oír, que mientras estuvieres en pecado mortal eres enemiga de Dios y esclava del demonio, y además de esto degeneras de tu nobleza y deshonras todo tu linaje. Mira, hermana, lo que haces, levántate de ese cieno, teme a Dios y haz penitencia". A lo cual Estefanía respondió: "¿Qué necesidad tienes de mí, hipocritón?" Y mientras el hermano la reprendía, en un momento desnudó ella la cortadora daga que de la pared colgaba y con diabólica fiereza arremetió diciendo: "Sólo esta respuesta merecían tus razones". Dejó muerto en un lago de sangre y después disfrazó aquella maldad con fingido sentimiento, vistiéndose de luto y ponderando la lástima.

También su anciano padre, pesaroso por la muerte del buen hijo y el escándalo de la mala hija, procuró reducirla con buenas razones que contra su voluntad escuchaba la despiadada. En vez de la enmienda, dio ella en aborrecer al venerable viejo y a la medianoche

puso fuego a la techumbre de su casa. Saltó de la cama el turbado anciano, gritando a toda voz: "¡Fuego, fuego!", mas cayeron las vigas que sustentaban el techo y allí mismo lo abrasó el terrible elemento.

Viéndose libre Estefanía, con más desenfreno se dio a mayores vicios y pecados.

Arribó en esos días a esta Villa de Potosí un hombre de los reinos de España, mercader de los más oportunos que en aquellos galeones vinieron al Perú, y llegó a sus noticias la hermosura y gracia de aquella pública pecadora. Sollicitóla, y cuando más gustosos se hallaban en sus torpezas, un amante antiguo de la dama, armado de todas las armas y con dos bravas pistolas, apareció decidido a vengar su agravio.

Halló el antiguo amante sola a la mujer, mas con engañosas palabras detuvo ella su airado ánimo, y cuando hubo mitigado tan arrebatada cólera, con gran prontezza sacó de la manga un cuchillo y cayó al suelo muerto el infeliz.

Refirió Estefanía el suceso al rico mercader. Pasados algunos meses, estando él muy atormentado por los celos, amenazóla con acusarla a la justicia del homicidio hecho. En esos días fueron juntos a bañarse a la laguna de Tarapaya. Arrojó ella de sí sus ricos vestidos, quedando patente la nieve de su cuerpo salpicada de bellísimo carmín, y desnuda se echó al agua. Siguióla el descuidado mercader y estando juntos en la mitad de la laguna, con toda la fuerza de sus brazos metió ella la cabeza del desventurado dentro del agua.

No se crea que pararon allí sus abominaciones. De un golpe de alfanje acabó con la vida de un caballero

de ilustre sangre; y a otros dos mató con veneno que envió en una merienda. Por sus intrigas traspasáronse otros los pechos a estocadas, quedando Estefanía alegrísima de que se derramara sangre por su causa.

Y así fue hasta el año de 1645, cuando escuchó la pecadora un sermón del padre Francisco Patiño, siervo de Dios de cuyas admirables virtudes gozaba en este tiempo Potosí, y socorrióla Dios con un rayo de su divina gracia. Y fue tan grande el dolor de Estefanía que comenzó a derramar arroyos de lágrimas, con grandes suspiros y sollozos que parecía se le arrancaba el alma, y cuando acabó el sermón arrojóse a los pies del sacerdote pidiéndole confesión. Exhortóla el padre a penitencia y absolvíola, que bien se sabe con cuánta felicidad se entregan las mujeres en manos de la serpiente, por tachas heredadas de la que tentó a Adán. Se levantó Estefanía de los pies del confesor cual otra Magdalena y cuando iba camino de su casa, joh, dichosa pecadora!, mereció que se le apareciese María Santísima y le dijese: "Hija, ya estás perdonada. Yo he pedido por ti a mi Hijo, porque en tu niñez rezabas mi rosario".

En torno a Gamaliel Churata y su obra:



Asu escribirlo, el puneño Gamaliel Churata incorpora a *El pez de oro* la pátina de espesura de su unísono proceso. El libro se fue obrando, trance hipérconciente de Churata, al correr alrededor de tres décadas –seguro hasta 1957, cuando se publicó. Autobiografía en clave discontinua, o novela escandida, o manifiesto cantante. También: jaspeado de recreaciones de motivos aymaras en constante aparición, bajo forma de canciones enhebradas. Preñadas de saltos semánticos y entrelínea de un reino propicio a lo inesperado –invocaciones intercaladas cua gemas hipnóticas entre los planos narrantes ya mantrados de su prosa. Fuera de “proporción” y de “gusto”, deslizador de sus tonos, pega directo y oblicuo al plexo de cualquier comportamiento preasignado a la escritura. En esto cunde su vibra vanguardista, pero mucho más acá de meras posiciones estéticas. Una ética (gesto en el instante + acción en el tiempo) en Churata se conmueve.

Tal pespunteo inserta sustratos, mezcla herencias y reinventa ancestralidades. Librepensar (en sentido también de caída libre) que, por la consistencia confiada de su escribir, deviene crítica en práctica a la más ínfima coagulación en el lenguaje, cualquier hato de significados modulares. Infrecuencia no modulada ni manipulable del pez-apunte que, porque inscribe con torrente sanguíneo, rasga las superficies (pátina de linfa del lagocáneo, lago del logos). La subversión en voz tachada, condensa experiencia y la expande transformándose ante el mismísimo lector (en caso de que ahí esté). Pátina, por tanto y no añadidura sino espesor, aura trágica, lo que no cede (y excede) al pulido literario, ni cierra en un solo aspecto de sus alcances. Virulencia genésica abre al símbolo en devenir. A la incompletud que nos asiste, al menos la desliza erizadamente por una zona verbal de rareza liberada.

Ni astucia literaria ni invención de un Personaje de Autor: ahondamiento de una visión que, es evidente, le estiró a Churata los bordes en pliegue de la conciencia, al punto de que su proceso de escritura se montara a la duración. No casuales la incomprendión y silenciamiento general que aún le continúan pesando, cincuenta años después de su primera edición. Semejante costo, por su inadecuación a las costumbres ciertamente sedentarias de las Letras y sus letreados establecidos, quizá indique, en efecto, que el *orkopata* sostuvo en su destilación una apertura donde, aun en anonimia, indudablemente voló. Su libro está muy por encima de los techos. Entre dos abismos algunas conciencias pueden volar; lo saben hacer por arte de una persistencia en grados de intensidad que no las fija, ni en inmediato ni en remoto.

Colección de resonancias e imágenes fundacionales que juglarmente conecta y dispone al entrelazo de su trama en relaciones giratorias, matices del azul y el turquesa en verdes y tierras del fondo movedizo del lagomar, que conecta con el centro del planeta, con la placenta del entre –*El pez de oro* también es un conjuro. Contra las restricciones que sin duda



Gamaliel Churata

afectan el desenvolvimiento del sér (según grafía Churata) y la asimilación de lo que es (y acá el borde, el mundo). De ahí la perturbación de fondo que arrastra en su corriente este libro de intensidad todavía insoporable, y que hasta ahora ha reverberado, a través de una especie de ostracismo tácito, condena no declarada, quizá a causa de su cercana extrañeza (insistimos), solo en la memoria activa de algunos lectores. (No es poco.)

Poelzar gigantesco hasta la deformidad –mutación tan abierta que sobrepasa las nociones más o menos establecidas de género o premeditada belleza– *El pez de oro* se percata intervención minuciosa, incluso por tortuosa digresiva, que recurre a la ficción (a la *relación*) tanto como al encomio ensayístico (al desarrollo de tesis movedizas), tanto a la canción como a la leyenda parábólica, en un debate multifocal sobre (y desde) los alcances transformadores de una autoconciencia andina y, con ello, sobre (y desde: he allí su modo de coherencia entre *materia* y *tema*) los usos insurgentes, extralúcidos, de “un idioma”. Trátase por cierto de un debalir que no ha cesado; al contrario, mantiene intacta la doble navaja de su vigencia. Va de algún modo veloz de breve y grave de ubicua oblicuidad en el *hayllí* que cierra su introito que abre al libro: *Dirás que todo esto / es trino sólo, / y como trino / con que arde su caverna, / ni comienza ni acaba.*

El lago Titikaka, a su vez hace, en el libro, de inmóvil maestro genitor, presencia desangular que, siendo generatriz, constituye la fuente-desembocadura de todos los desarrollos explícitos del libro. No hay lapsus (ni huida) en tal inmersión en lo lacustre, lacunar, palustre, telúrico de este pluriabordaje. Se permite Churata que el libro haga agua por todos los poros de su texto, y al tiempo mismo que sigue buceando, cada vez ¡más adentro! Pues la identidad de quien se expresa en páginas de agua es, a lo sumo, a lo largo y estrecho del tiempo un arreglo, musicalmente hablando, enfocado en y desde una habilitación sincrónica. Se sincronizan, con insistencia reflexiva, los

tiempos nutritos en la transvida respirante de una es- critura que descoyunta cualquier incrustado lastre de actitud pasiva en quien la aborde (y eso quizás le permita atravesarlo).

Pero si *El pez de oro* “aún hoy” (2006) mantiene esca- sos interlocutores, está cierto que se trata de un libro que próximos próximos ojalá irán mereciendo, sobre todo aquellos capaces de acoplar, al acto de leer, la experien- cia performática que resulta sustancial a su respiratoria. Performar del leer, sobre todo ante un libro como éste, hecho en sí performático si los hay: saque de la perorata y de la opinología ambiente, incorporar –pues del cuerpo se trata, vibra evidencia la palabra– el performar implicado en la mostración de ese proceso en acción que es *El pez de oro*. Gamaliel Churata desde el vamos ha permanecido contemplándonos tras el *sustain* de este espejo sin fondo de su perfobrar, como desde un lodo fluvial de alta mon- taña y en condiciones de comprensión ajena similarmente riesgosas.

Pues en todo el registro no se topa uno con un solo guion al tiempo lineal, aunque permanezca la zona ex- positiva de la voz del autor al lado de la hoguera de la his- toria. Lo que sobreviene es inmersión (e invitación a sumergirse sin mayores escafandras) en ese otro tiempo que es urgencia del mito. Y que el mito eche a andar es in- dicio de un principio dinámico suficiente que involucra y alimenta las raíces mismas del idioma, ahí donde lo orgánico sería lo comunal, e irriga la suma infinitamente incoherente de las conciencias individuales. El paralugar del autor, en Churata, hace las veces de anunciativo, ya no de unas conclusiones: de un moverse entre-la-letra que es autorreconocimiento en acción de nombrar. Un desnombrar, también.

La condición existencial traspasa la mera anécdota, o en ésta, más bien, aquella se vivifica: *el drama de la ma- teria*, trasluce Churata en su postfacio a *El pez...* Se po- dría resumir (entonces) así: su primogénito, Teófano, fallece a tempranísima edad; es, a partir de aquí, que la desesperación se aliviana en su pretexto. El proyecto de es- critura, el proceso de su texto, es el conjuro en sí, desen- volviéndose imbricado al proceso vital, donde el itinerario del autor es una constante entrada en materia con su con- juro. Se diría que Churata permanece décadas en vela, ve- lando al angelito y llevando este motivo, esta verdadera razón, a unas consecuencias impredecibles en la escritura. Debe de haber sido un demonio tremendo el que lo acos- aba. Indudable que el libro está escrito desde lo entrañado. Lo que en Mallarmé, a la muerte de su hijo, permanece en una larga secuencia en fragmentarios borradores, en con- fluencia indefinida con lo que se borra, con lo que podría haber sido y no fue, en Churata, sin melancolia, con cruda propia de un morador de alta montaña, cono- dor de intemperies, adquiere una gravedad (terráquea y proliferante) de semilla-hueso al aire. La abundancia con- tra la muerte.

La escritura de *El pez...* en devenir, no ya como un programa vanguardista (demostración de fuerza creativa opositora a un orden prefijo) sino como una práctica de resistencia (una capacidad de adentramiento que vincule,

## sartas tan fácilmente



vía el drama de la materia, la conciencia con el propósito de cambio social, el continente (americano) con la célula, principio de vida más acá de cualquier identidad y/o razón de propiedad). Haber escrito un libro así implicó un proceso de transformación: a la vista en sus páginas está.

La *materia verbalis* asumiéndose lenguandina, raspada por dentro en la expansión-retracción española, española-najear de cuño barroquí mas azuzado por la fiebre del desdoro, la inmersión lírica devenida exploración de resonancias afectivas en las combinatorias del verbo al ser asumido en transformación. Lo que conecta el verbo, no como a algo definitivo sino a un magma, son corrientes alternas de experiencia. Es aquí donde *El pez de oro* reluce asimismo en tanto acción, acto en el mundo, manifiesto personal sin embargo no solipsista. Performance, pues, en la medida de un estar, trabajado por estratos de (re)significación, en el mundo. Retrabajar (retraducir, reinducir) lo surcado y acontecido en la forma, para tocar la coincidencia basal de lo orgánico. Subyace esa potencia del gen, pero asoma proliferando sentido por todos los poros. El lenguaje echa espuma por la letra. Hay rabia, en Churata, y acumulación de esas fuerzas encadenadas que sólo una respiratoria podría conducir, hasta alcanzarnos, no sin lastimar en gran medida algunos supuestos, algunas jerarquías. Necesario era, será.

Tampoco se puede olvidar esa mascarilla, hecha con la piel del rostro de Brunilda, su amada, que según se cuenta Churata llevó consigo muchos años. Y él mismo declarando abiertamente su aspiración a escritor bárbaro. No casual que sea él quien comente asuntos tales como la distinción entre el sentido de la vista y el *tremante sentimiento de la visualidad*. Vaya ejemplo de perspectiva sinuosa por la que Churata va, y no vuelve más a devolver imagen prefabricada de lo andino, sino apertura a los estratos. Incluyendo así, y a nivel micropolítico, a la contradicción, afín a la experiencia americana, donde enunciación y ética no suelen coincidir, donde la realidad social que nos muerde cada día, nos grita a la cara que no tenemos palabra.

La vía celular de la exploración implica semejante ahondamiento en lo medular, que suele absorber lo viscoso y resbaladizo, una vez se acepta ese grado de sacrificio del alma por otra parte tan raro, tan escaso en nuestros días aparentes, que distingue una concepción de la obra como proceso, donde lo que está en juego (hasta lo hiriente, cómo no) es el arte de sincronizar escritura y vida. No es asunto simple, aunque parezca. Arte de seguir despierto el hilo de esta condición que humana es sobre todo turbulencia existencial, drama de la materia. En otros términos: el hueso existe tanto como el aire que lo envuelve y lo traspasa; ambos niveles de la presencia se entrecruzan en un campo semoviente de percepción donde soplar fronteras. La más evidente de las cuales sería la frontera entre vivos y muertos: *El pez de oro* es un libro de brujería, en cuanto gesta de otra dimensión, desde lo irreversible. Cuestionar un destino es remover raíces. Lo andino, así, no designa un sitio pre establecido, sino un impulso para la transformación.

La vía celular se reconoce aquí también en la escan-

sión subliminal de su pez (nunca pescado, pues reflejos trae del sol) cuyo surcar el lago de la conciencia suelta un aroma interior, no sujeto del olfato sino sentimiento movedizo del olfatear. Ese grado de animalidad que, se supone, será el estilo, pero no el estilo en primer plano sino la pulsión que busca reconstruir. Se desplaza la intuición capaz de oscilar, sin reloj, desde el debate público sobre el destino de América hasta la reflexión introspectiva sobre el origen de la vida, pasando por todos los gradientes y mordientes de la sensación de –pongámoslo tal como Churata lo inscribe– sér. Y sobre todo porque "sér es sér personalidad": la sílaba es la célula es el latido. No importaría entonces tanto la conciencia (así, separativa) cuanto el movimiento, *música redonda* (la negrita es de Churata), la transmutación permutable de los *nódulos dinámicos*, según el maestro de Puno alega. Esto involucra todos los lastres (y desastres), incluso los casi-nada del sentimiento mismo, donde existir exige alineación en estratos, abrir sendero en la urdimbre simbólica metabólica somática, umbralicia del desconsuelo que busca, sin embargo, un... equilibrio... en la confrontación, la del viaje, circunstancia al persistir. La vida donde y cuando se encuentre: celebración que no excluye la tempestad y la ignorancia que, si no redime, sitúa. Acuidad del dolor. La experiencia del sér es larval, es un Aún: de ello dan cuenta, a veces, ciertos escribires. En cualquier sentido que se la asuma, no dejará de ser inquietante. Inquietud porque este pez no queda en obvias redes.

En su desafío al límite, no a la muerte, que se prueba una y otra vez como indistinta de otro estado de vigilia, sino a la tachadura cruficatoria de una cruenta y quizá antropófaga imposición cultural y social (incapaz de reconocerse fuera de sí, de un *status de sí* que la encierra en su definición) a fin de cuentas el programa católico apostólico y presumamente civilizatorio, Churata consigna "tauromaquia de los Pizarros y Torquemadas en la sangre". Autor de y en la barbarie, entonces, en el



sentido del "infarto estético de que podamos decir: he aquí el connubio indio-hispano" (dice y citamos).

Está claro que nadie permanece demasiado tiempo conciliado con el supuesto de su identidad. El suelo natal es una alfombra voladora que suele sacudir esos insignificantes destinos que lo son todo para nosotros mismos, al punto de que creernos, si alguna vez, un momento, más fuertes que la muerte. El ajuste desenaja los relojes, acontece entre lo prenatal y los bardos post-mortem en grados de sincronicidad: hablar desde un aquí, de esta manera, puede ser también mordisco en la nuca del presupuesto y la precaución. Ninguna prudencia en tal medida en Churata, las letras le pasan filtros por estratos. La pátina de décadas que le ha tomado escribir *El pez de oro* es consustancial a su dinámica estructural, su vertebración en serie de retablos: reservorios de imágenes energéticas emergidas de una corporalidad exigente, condensaciones de una consistencia en estado continuo de implosión verbal.

La insurgencia ante la imposición de una cultura cristiana no permite hibridismos, afirma Churata, sino –se puede añadir, ahora– la recreación, danza que al actualizarlos (abrirlos a una sincronicidad de tiempos en los tiempos mismos de la lectura) se da en un siempre, en los orígenes. ¿O no nos dicen las cosas que persistimos en el reino del Aún? La espira del signo de pregunta toca punta en el pez, la cola es cara en el cruce de instancias en movimiento. Destinógen, por el que nadie podrá preguntarse, a menos que sepa cómo nunca resuelve el enigma: aprender a no resolvérlo, para permanecer en la persistencia fresca del intento. Para que la intensidad sea por sobre los aplacamientos de toda especie y razón. Así la subversión, en la letra que sangra, se cumple.

Y estos breves párrafos, con que cierra *El pez de oro*, para solaz, de todos modos inexplicable, del alma profética aunque insurgente:

Alineamos en la Batalla del Espano y testificaremos para las venideras edades, presentes en la Caverna, el asalto del P U M A venido del Sepulcro, despedazando con garra de oro y colmillo de fuego el morillo del W A W A K U, que es la parte hedionda de la luz, camino de muerte, invitación al miedo.

He aquí el áureo mensaje de EL PEZ DE ORO:  
–¡América, adentro, más adentro, hasta la célula!...

Reynaldo Jiménez. Lima, 1959.  
Poeta y ensayista.



# uan Ramón Jiménez, traductor



Juan Ramón Jiménez (Moguer, Huelva, España, 1881 – San Juan, Puerto Rico, 1958) Ganador del Premio Nobel de Literatura en 1956. Ha publicado numerosas e importantes obras como poeta y narrador. Sin embargo, Juan Ramón Jiménez fue también un apasionado traductor que a lo largo de su vida, desde la temprana edad de 12 años, tradujo mucha poesía. Se sabe que ya en 1909, él proyectó reunir sus traducciones dispersas en un solo volumen, pero dicho proyecto, retomado en 1918, no se concretó hasta que póstumamente, en el 2006, Galaxia Gútemberg & Círculo de Lectores publican *Música de otros, Traducciones y paráfrasis*. He aquí una muestra de Juan Ramón Jiménez como traductor, respetando su peculiar ortografía.

## El vallecito de la inquietud

(fragmento)

*Edgar Allan Poe*

Una vez, un vallecito tranquilo en donde nadie vivía, sonrió. La gente toda se había ido a la guerra, y dejó confiada a las estrellas de ojos suaves la vigilancia nocturna, desde sus torres azules, de las flores entre las que durante todo el día el rayo de sol yació descuidado.

## El olvido imposible

*Oki Kassi*

¡Cómo podrá yo olvidar  
a esa mujer desdeñosa  
que es mi desesperación,  
si, en sueños, todas las noches,  
viene a decirme que espere!

## Filosofía del amor

*Percy Bysshe Shelley*

I

Las fuentes se pierden en el río y los ríos en el océano; en dulce emoción de los vientos celestes siempre van confundidos... Nada es solo en el mundo, y las cosas todas, por ley divina, se unen y se pierden en un solo espíritu. ¿Por qué no tú y yo?

## Despedida matinal

*Robert Browning*

Vuelto el cabo, de repente surgió el mar,  
por cima de la montaña miró el sol:  
y fue al punto una áurea ruta para él  
y un fatal mundo de hombres para mí.

## Torpe

*Amy Lowell*

En mi corazón ardes  
como una llama de infinitas velas.  
Pero al quererme calentar las manos,  
caigo, apago la luz;  
y me tropiezo  
contra las mesas y las sillas.

## Suspiro

*Stéphane Mallarmé*

Mi alma, hacia tu frente donde sueña ¡Hermana  
tranquila! Un otoño alfombrado de rubicundez, y hacia  
el errante cielo de tu angélica mirada sube, como en  
un jardín melancólico un blanco surtidor, fiel, suspira  
hacia el azul; -hacia el azul enternecido de octubre  
pálido y puro, que mira en los grandes estanques su  
languidez infinita y, sobre el agua muerta en que la  
leona agonía de las hojas yerra al viento y vacía un frío  
surco, deja arrastrarse el amarillo sol de un largo rayo.

## Tras largo silencio

*William B. Yeats*

La palabra tras el largo silencio; está bien,  
todos los otros amantes lejanos o muertos,  
la no amiga lámpara escondida bajo su pantalla,  
las cortinas echadas sobre la no amiga noche,  
que nosotros decantemos y sigamos decantando  
sobre el supremo tema de Arte y Canción  
la corporal decrepitud es sabiduría; jóvenes,  
nos amamos uno a otro y fuimos ignorantes.

## Pena

*D. H. Lawrence*

¿Por qué las tenues hilachas grises que suben  
flotando del cigarrillo entre mis dedos, me atormentan?

Ay, ahora lo comprenderéis: yo bajé aquellas  
pocas veces a mi madre cuando se puso enferma del  
pieblando.

Y por toda riña a mi prisa, me encontraba unos  
cuantos pelos largos suyos en la solapa de mi cha-  
queta; y uno a uno los veía luego perderse arriba por  
la oscura chimenea.

## Versos en prosa

*Helen R. Fogelquist*

5

Fatal, inmenso es el momento del dolor. Colma el  
mundo, pero la memoria no lo domina. El tiempo lo  
consume, se convierte en una pequeñez y se pierde.

Vago es el momento de la dicha, como un sueño  
sin seguro principio ni fin; pero la memoria lo hace ver-  
dadero. Nosotros y el tiempo lo vamos envolviendo  
cuidadosos en una neblina encantadora, y lo ateso-  
ramos.

Juan Ramón Jiménez, conocido internacionalmente por sus traducciones de Rabindranath Tagore, en las que siempre vio más trabajo de su mujer que propio –de ahí que éstas acabaran siendo publicadas bajo la autoría única de Zenobia–, han pasado desapercibidas sus demás aportaciones. Sin embargo, conformarán éstas un corpus interesantísimo no sólo por la luz que añaden sobre su trayectoria personal, sino por la difusión que hizo de los textos entre la gran y reseñable can-  
tidad de discípulos que hubieron de reconocer en Juan Ramón Jiménez un maestro, y un antes y un después en la poesía española contemporánea.  
Siempre alerta a la novedad, fue el primer traductor de Verlaine en España, y supo anticipar el futuro éxito de Blake, E. B. Browning, E. Dickinson, Yeats, Eliot, Pound, A. Lowell o Frost, entre otros muchos, en un momento en que apenas eran conocidos en el panorama literario hispánico.

## El culto a las “ñatitas”

Si bien la celebración de Todos Santos muestra una concepción de la muerte ligada al “alma” como cuerpo inasible, el culto a las “ñatitas” “chatitas” muestra la representación física de una parte de la estructura ósea del difunto: el cráneo. En todas las culturas la ritualidad funeraria varía: el enterramiento, la incineración y hasta la ingestión (endo y exo-canibalismo), han significado en el transcurso del desarrollo cultural de los pueblos diversos modos de asumir la presencia del alma de los difuntos en el mundo de los vivos. Pese a todo, el enterramiento evita que cualquier influencia “maligna” que puede traer el difunto sea anulada. Sin embargo, el “culto a las ñatitas” propicia un encuentro cercano con el cráneo “visible” del difunto y con el poder que éste trae consigo.

Tanto la evocación a los ancestros fallecidos y el vínculo con los cráneos humanos parece ser bastante antiguo y existen algunos indicios en las crónicas de Guaman Poma de Ayala: Noviembre Aya marca quilla (mes de los difuntos). Este mes fue el de los difuntos. En este mes sacan a los difuntos de sus bóvedas que llaman purullo, y le dan de comer y beber y le visten en sus vestidos ricos y le ponen plumas en la cabeza y cantan y danzan con ellos (...) gastan en las fiestas muy mucho.

La vida después de la muerte es una constante en los pueblos indígenas, así como la existencia de los espíritus buenos y malos. En muchas culturas se conservan los restos humanos y se los honra, más cuando éstos pertenecen a los ancianos poseedores de las sabidurías ancestrales; de ahí el hecho de sobrevalorar el cráneo del resto del cuerpo, ya que en él reside la acumulación de conocimientos.

En la población de Tiwanaku - La Paz, las cabezas clavas del Templo denotan la importancia de la representación física de los mismos; los chipayas manipulan los cráneos humanos de los ancestros, y el rito también se extiende en Achacachi y Taraco. En la Amazonía era una práctica común reducir las cabezas y tenerlas como símbolo de valor y fuerza mágica capaz de ser transmitida a quien la tenga en su poder. En otras regiones se realizaban trepanaciones craneanas con la finalidad de obtener los huesos para la elaboración de talismanes que protejan del mal y den sabiduría y protección. Asimismo, producto de los enfrentamientos entre tribus, los cráneos de los vencidos también eran considerados “preseas” valiosas.

Para la cultura aymara, según Hans Van Den Berg, el alma grande, alma mundo o jach'a ayayu es el enlace del hombre con el resto del mundo. Se pueden distinguir tres almas: jach'a ajayu (ubicado en la cabeza y a la vez en todo el mundo), el jiska ajayu o alma pequeña, y la k'amaña, donde se aloja el valor y el coraje, todo ello relacionado al poder que posee el cráneo como centro energético. En el contexto urbano paceño, las “ñatitas” son cráneos humanos obtenidos de manera “casual” (encuentro del resto en algún lugar o regalo) en algunos casos y “provocada” (comprado de algún cementerio y/o persona en particular) en otros. Se ha comprobado que hace algunos años los empleados del cementerio vendían los cráneos de aquellos esqueletos olvidados por sus familiares y que pasaban a la fosa común por falta de pago. Muchos afirman que hubo una época en la cual esta práctica se convirtió en un negocio.

Yo años vengo. Tengo mi “ñatita” María Simona, mujer es... tengo una devoción a las “ñatitas”, por eso vengo, cada año le traigo, hace años que la he recogido a ella, en aquí, en el cementerio me han dado, pero después yo ya no le he soltado años. Antes vendían a cinco pesos, después más caro, ahora ya no hay creo, han prohibido creer... sacaban... Ella nos ayuda también pues, hay que tener fe en ella, hay que encenderle velas, siempre pon-

erle floritas, los viernes, los martes. Usted sabe, nos ayuda a que no nos pase ninguna desgracia, nos cuida ella. Trabajo, sabe, yo ando hasta tarde de la noche y a mí no me pasa nada, porque con ella camino; porque me voy a las dos de la mañana, una de la noche, nunca me ha pasado nada, ni cuando voy a fiestas, me recoge, es mi compañera (Juana).

Una de las propiedades que se les atribuye es el poder de cuidar las casas de los malhechores, otro beneficio es el sentir “compañía y protección” en situaciones peligrosas, tales como transitar por las calles a tardes horas de la noche y en estado de ebriedad. De la misma manera, el ser poseedor de una ñatita atrae los valores morales.

Es común pensar que las “ñatitas” más milagrosas son aquellas que pertenecen a personas que han tenido muerte violenta (accidentes, insurrecciones populares, suicidios o asesinatos); son almas cuyos espíritus son intranquилos y vagan en el mundo terrenal, ya que no era hora de su muerte. Esta idea del poder de los espíritus producto de las tragedias viene desde tiempos inmemoriales: La creencia en el hecho de que el que muere de muerte espectacular, y en particular violenta, se convierte en espíritu, demonio o fantasma, está tan extendida en los pueblos primitivos y se halla tan documentada, que parece legítima la conclusión generalizada de que cuando se habla de muertos, temidos como espíritus, se trata sobre todo de víctimas de mala muerte. (Jensen)

El alma del cráneo se evidencia a través de los “sueños” que durante la noche provocan los espíritus de la “ñatitas” a sus poseedores; los entrevistados sostienen que conversan con ellos sobre sus vidas, sus gustos y su carácter: “Es una persona que no conozco pero me ha hecho soñar, o sea sé quién es, físicamente lo conozco, pero en sueños, guapo es, en serio, es lindo” (Patricia).

Al igual que las bondades que ofrece el tener una ñatita, también existe una obligación de parte de los poseedores. Muchos afirman haber sido “castigados” por sus ñatitas cuando intentaron deshacerse de ella o cuando olvidaron encender una vela los días martes y viernes o peor aún cuando no le rindieron el respectivo culto el 8 de noviembre. Al parecer, existe cierto temor a que la ñatita se “enoje” con su poseedor y pueda provocar desgracias: Para Taylor son las “almas” de los difuntos las que se convierten en espíritus independientes e inspiran temor a los hombres (...) no ve una curiosa contradicción: por una parte se habla de horribles demonios que son enemigos declarados de los hombres y, por la otra, de ‘antepasados divinizados... que por lo general se consideran como espíritus protectores amigos, por lo menos en relación con sus parientes y adoradores’ (Jensen).

En efecto, la protección a sus poseedores depende de que estas almas no sean olvidadas y abandonadas (como sucedió en vida con ellas), y para ello, no se debe dejar de lado la serie de atenciones hacia ellas que no sólo es el 8 de noviembre, sino que se desarrolla todo el año: “Todos los lunes le enciendo vela. Si me olvidó me disculpo, sabes que pasa es celoso, es una persona joven en mis sueños, me da la impresión de que es soltero, pero es bien celoso con mi pareja, siempre me hace pelear, mi Luciano (su ñatita) es mi chico” (Patricia).

El día 8 de noviembre, durante la mañana se celebran tres misas donde una gran afluencia de personas asisten con sus ñatitas; se pudo observar en los últimos años que no sólo existen cráneos de gente adulta, sino también, aunque en menos cantidad, de niños; los poseedores de estos últimos son generalmente homosexuales o transexuales que argumentan encontrar en estas almas los hijos que no pueden tener y afirman que les alegran la vida porque juegan y hacen travesuras.

Al igual que los poseedores, los creyentes fieles de las “ñatitas” encienden velas blancas pidiendo favores que normalmente consisten en buena salud, suerte en el amor, éxito en los estudios y prosperidad. Es ya un protocolo preguntar el nombre (Cirilo, Lúchito, Carmela, etc) antes de elevar una oración y pedir bondades. Coronas de flores se van acumulando por encima de las ñatitas, al igual que velas, cigarrillos y coca. Se cree que las velas negras son para maldición, enfermedad e incluso muerte, y muchos depositarios de ñatitas rechazan este tipo de ofrendas. El akulluk de coca es parte del rito, así como el compartir con la ñatita cigarrillos. Casi siempre, durante la celebración del 8 de noviembre, en la parte trasera del Cementerio, donde están enterrados los N.N., desciende una lluvia suave y aparece el arco iris. Cuando es así, el buen augurio es excelente, porque son las primeras aguas para iniciar del Jallu Pacha o tiempo húmedo para la agricultura. Desde ese lugar se contempla el Illimani, que es la montaña sagrada de la ciudad aymara, como Apu o divinidad protectora.

La celebración de Todos Santos está imbricada a la celebración de difuntos que contiene elementos de la religiosidad andina pre-crística y agrícola. Los ritos agro aymaras han llegado a través de la emigración a la ciudad, modificando su sentido más en la forma que en la esencia. Para la cultura aymara, la muerte es un estado terrenal, donde el más allá no implica necesariamente lejanía. En todos los ritos está presente el principio de reciprocidad como un eje que articula la comunidad; incluso en la devoción a las “ñatitas” se puede observar que se les brinda fiestas con el membrete de día de los muertos olvidados, repitiéndose la práctica del ayni y la cooperación. Las “ñatitas” son la representación de aquellas almas que vagan por el mundo, ya sea porque murieron violentamente (en guerras, desastres naturales, suicidios, etc.) y no fueron socorridos y enterrados o porque una vez muertos fueron olvidados y abandonados por sus familiares. Las “almas” de estos seres vagan por el mundo, por lo tanto el mundo no está en armonía ni mantiene su equilibrio.

Las fiestas en honor de los difuntos logran restablecer la memoria mediante misas y fiestas; el asignar un nombre a un cráneo humano abandonado, permite dar la opción de la identidad y de esta manera permite hacer “vivir” a esta alma como una especie de oportunidad hacia la vida; en muchos casos se dice que las “ñatitas” se enamoran entre sí y hasta se casan, esto a través de los sueños que provocan a sus poseedores.

La sabiduría aymara y la religiosidad andina conciben simbólicamente la devoción a la naturaleza y todo aquello que es palpable en la vida; la energía y presencia que ofrecen los difuntos se hace evidente en el mundo de los vivos. Noviembre es el mes en que comienzan las primeras lluvias y es importante que la fiesta sea buena para que la vida prosiga y el equilibrio de la naturaleza esté garantizado. Otra muerte existe, y es aquella que te permite el retorno de los muertos al mundo de los vivos. Cuando miras el pasado, miras el futuro y tu ligazón en el presente con la naturaleza, como parte sustancial de ella.

Edgar Arandia Quiroga. La Paz, 1950. Pintor, antropólogo y gestor cultural. Director del Museo Nacional de Arte.

## LA MÁQUINA DEL TIEMPO

### Literatura boliviana del periodo independentista Escritores representativos de la independencia

#### En Prosa

**Casimiro Olañeta.** 1795-1860. Magistrado, orador y político, de controvertida figura. Nació y murió en la ciudad de Charcas. De un modo general, sus biografistas destacan que Olañeta "fue un haz de muchas cosas opuestas entre sí, de dobleces, deslealtades. Estuvo al lado de caudillos y contra ellos. Fue admirado y aborrecido. Prestó servicios y deservicios a su patria". A decir de Rodolfo Salamanca Lafuente. Para René Moreno y Charles Arnade, es un "dos caras", al igual que muchos de los políticos que participaron en la fundación de la república. A pesar de todo, Olañeta pasa a la historia y deja una marca que se extiende hasta los caudillos modernos. Es inegable que se trataba de un hombre de mucho talento en la persuasión y el manejo de la intriga.

Educado en Córdoba (República Argentina), Olañeta culminó sus estudios en la Universidad de San Francisco Xavier, donde obtuvo el título de doctor en leyes. Como secretario de su tío, el General Realista Pedro Antonio de Olañeta, sirvió a la causa de la monarquía, pero al darse cuenta que todo se venía abajo, ante la incontenible marcha del ejército libertador conducido por el Mariscal Antonio José de Sucre, le dirigió a este jefe militar una carta donde le decía: "Yo estoy intentando unirme a usted como un parlamentario y no retornar jamás al territorio de los tiranos a quienes yo he servido con el solo propósito de hacer permanente la discordia que he introducido y que he mantenido hasta el fin".

Lo evidente es que en "hacer discordias" ha pasado gran parte de su vida pública, pues también fue promotor del atentado contra la vida del Presidente, en abril de 1828, a pesar de saber que dicho gobernante dejaría el mando de la nación el 6 de agosto de ese mismo año. Olañeta, alto magistrado del tribunal de justicia, una vez más complotaba contra alguien a quien había prometido lealtad y servicio. El Dr. Francisco Mariano de Miranda, en 1840, le escribió una carta desde Quito, diciéndole entre otras cosas que "Abusando de la confianza de su tío, el General español Olañeta, y favorecido con el empleo de su secretario, lo vendió vilmente a sus enemigos y los entregó a la muerte, haciéndole el Judas político del apostolado que rodea al último resto del poder hispano en la América Meridional.

Con hombres como éste nace a la vida independiente la República de Bolivia, el 6 de Agosto de 1825, pues junto a los "dos caras", Manuel María Urcullo, Ángel Mariano Moscoso y José Mariano Serrano, se urde la fundación de la república que, según René Zavaleta, "nace decadente".

En el campo intelectual, Olañeta sobresale con sus folletos que, en el siglo XIX cobran un relieve especial, de acuerdo a las circunstancias históricas que los estimulan. *Olañeta es el hombre de los folletos* –dice Gustavo Adolfo Otero–, como lo es de los discursos. Ha publicado folletos sobre múltiples asuntos, siendo los más notables los relativos a sus defensas sobre su situación personal y aquellos relativos a los intereses de Bolivia.

Entre sus principales folletos podemos citar: "Bolivia. Legación al Perú por La Paz" (1831); "Manifiesto publicado por el Gobierno de Buenos Aires sobre las razones con que pretende legitimar la guerra que declara la Confederación Perú-Boliviana" (1837); "Defensa de Bolivia" (1840), en seis folletos; "Defensa del Doctor Casimiro Olañeta" (1825), etc. En el tercer folleto de "Defensa de Bolivia", escrito en la ciudad de Sucre el 7 de marzo de 1840, dice respecto a los problemas pendientes con el Perú:

*Lo justo y lo conveniente* íntimamente ligados entre sí por mutuas e inseparables relaciones, sólo pueden considerarse separados por el más completo trastorno de las ideas, que despojando de su lugar a los principios de la moral, se sustituyen por aquella con que el nombre de político, se prostituye al sórdido interés, o ensordecimiento a las más sólidas reclamaciones, o declarando legal cuanto le acomoda bajo pretextos espaciosos, quiere adquirir visos de razón cuando no hay más que violencia y crímenes. La verdadera conveniencia se halla en la práctica de los principios comunes a todos y en el ejercicio de la moral que fluye de la naturaleza misma, como el fecundo manantial del bien universal.

Adolfo Cáceres Romero

